

El afrancesamiento, una cuestión abierta

Jean-Philippe Luis

CHEC, Université Blaise-Pascal, Clermont-Ferrand

Resumen: Sin constituir un tema sobresaliente, el afrancesamiento se benefició de la coyuntura del bicentenario para conocer un paso adelante en su estudio. Biografías, estudios locales, sobre el clero y las mujeres han aportado datos de interés. Sin embargo, lo más importante es quizá una reflexión sobre los motivos que incitaron a ciertos individuos a elegir el bando josefino, y sobre la identificación del grupo por sí mismo y por los demás. Al final, el término y la categoría «afrancesado» resulta problemático, tanto para designar a los que colaboraron con los franceses, como para designar la experiencia política de los antiguos josefinos que desempeñaron un papel relevante después de la Guerra de la Independencia.

Palabras clave: afrancesados, josefinos, colaboración, familia, categoría, liberalismo, Ilustración.

Abstract: The *afrancesamiento* was not an important theme of the bicentenary, however, the good scientific situation allowed a development of the studies on this theme. Biographies, local studies, studies about clergymen or women have provided new facts. However, the most important development has been the reflection on the motives which incited those men to take the side of King Joseph Bonaparte and on the identification of this group by themselves and by others. Finally, the term and the category «afrancesado» are problematic to define people who collaborated, but also to indicate the political experience of the ancient partisans of Joseph after the Independence war.

Keywords: afrancesados, josefinos, family, category, Liberalism, Enlightenment.

El afrancesamiento no ha sido un tema relevante en las publicaciones y en los coloquios celebrados en torno al bicentenario de la Guerra de la Independencia. Sólo se han celebrado dos seminarios centrados en el afrancesamiento, en Valencia (*Los afrancesados y la cultura política española*, noviembre de 2008), y muy recientemente en el Instituto Fernando el Católico en Zaragoza (*Los afrancesados en la encrucijada de la España contemporánea*, noviembre de 2011). Tampoco se han publicado libros nuevos, excepto una reedición de la obra clásica de Miguel Artola, salida sin actualización. Sin embargo, detrás de esta aparente falta de interés, la cuestión de los españoles partidarios de José Bonaparte no ha sido olvidada. Todas las síntesis les consagran un capítulo¹. También en los coloquios, congresos o seminarios, se le han dedicado a menudo una o dos ponencias. Los afrancesados como grupo han interesado poco a la prensa y a las editoriales, pero sí la experiencia política de José a través del tema de la oportunidad perdida².

A pesar de todo, se puede afirmar que con motivo del bicentenario se ha dado un paso adelante en el estudio de los afrancesados, un paso no tan claro e importante como en el caso de la memoria, pero ha sido una oportunidad para favorecer la emergencia de cuestiones de fondo, a la luz de los estudios realizados años antes del bicentenario. En efecto, sin ocupar nunca la primera plaza en los temas sobresalientes de la historiografía sobre la Guerra de la Independencia, el afrancesamiento ha seguido siendo cuestionado desde *Los afrancesados*, obra pionera de Miguel Artola en 1953, hasta la tesis de Juan López Tabar³. Tras la publicación de esta última obra en 2001, se nota, en gran parte gracias al impulso del bicentenario, un aumento del número de estudios. El balance del trabajo realizado tras esta fecha permite destacar dos elementos principales: una «materia prima» nueva, de un lado, y, del otro, una reflexión sobre el fenómeno afrancesado como movimiento político, social y cultural. En concreto, disponemos ya de datos

¹ Por ejemplo, el capítulo redactado por Juan LÓPEZ TABAR en Antonio MOLINER: *La guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, Nabla, 2007.

² Por ejemplo, en Manuel MORENO ALONSO: *José Bonaparte, un rey republicano en el trono de España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, o en el muy poco científico libro del periodista Rafael TORRES: *España contra España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.

³ Juan LÓPEZ TABAR: *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

nuevos que nutren un cuestionamiento sobre los motivos que incitaron a ciertos individuos a elegir el bando josefino, y sobre la identificación del grupo por sí mismo y por los demás. El punto común a estos caminos se sitúa en una reflexión sobre el grado de coherencia del grupo y sobre la pertinencia de su estudio como categoría política. Es a este tema al que presto especial atención en este artículo, apoyándome en un balance historiográfico de los trabajos publicados en los últimos diez años.

Vitalidad y diversidad de los estudios recientes

Diferenciar los estudios que aportan datos nuevos de los que privilegian una reflexión sobre la naturaleza del afrancesamiento es en cierto modo artificial, porque obras o artículos toman los dos caminos. Sin embargo, la mayoría de los estudios no cuestiona realmente la identificación de una categoría «afrancesados», limitándose, lo que es ya muy importante, a aportar datos nuevos, basados muy a menudo en la clasificación clásica esbozada por Miguel Artola. Por consiguiente, es importante precisar cuáles son esos datos nuevos.

La aportación más importante me parece situarse en el conocimiento de casos individuales a través de biografías o de estudios sobre el pensamiento político de algunos personajes: Sebastián de Miñano, Francisco Amorós, Pedro Estala, Alejandro María Aguado, Félix José Reinoso, Ramón de Arce, Ramón de Salas, Sáinz de Andino, Alberto Lista o Juan Sempere y Guarinos⁴. Estos casos concretos proporcionan elementos para comprender los motivos de la

⁴ Claude MORANGE: *Paleobiografía (1779-1819) del «pobrecito holgazán» Sebastián de Miñano y Bedoya*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2002; íd.: «Vindicación de Ramón de Salas», *Trienio*, 56 (2010), pp. 5-47; Rafael FERNÁNDEZ SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia*, Alicante, Universidad de Alicante, 2005; María Elena ARENAS CRUZ: *Pedro Estala. Vida y obra. Una aproximación*, Madrid, CSIC, 2003; José María CALVO FERNÁNDEZ: *Ramón de Arce: inquisidor general, Arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados*, Zaragoza, Fundación 2008, 2008; Manuel MORENO ALONSO: «Introducción», en Félix José REINOSO: *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*, Sevilla, Alfar, 2009, pp. 11-92; Jean Philippe LUIS: *L'ivresse de la fortune. A. M. Aguado, un génie des affaires*, París, Payot, 2009; Juan Cruz ALLI ARANGUREN: *Derecho, estado y administración en el pensamiento de Sáinz de Andino*, Pamplona, UPNA, 2005; Rafael HERRERA GUILLÉN: *Las indecisiones del primer liberalismo español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, y Ana Isabel GONZÁ-

elección del bando josefino, para evaluar el papel de las relaciones personales y de las circunstancias locales. Existen también estudios sobre personajes menos destacados a nivel nacional⁵ o local⁶. Esmenard aparece en particular como un personaje muy interesante para el conocimiento de los círculos josefinos desde el interior. La colaboración con los franceses ha sido poco estudiada a nivel regional, excepto para Andalucía, gracias a los libros de Jean-Marc Lafon y al colectivo *Andalucía en guerra, 1808-1814* (artículos sobre el clero y sobre los exiliados)⁷, por consiguiente, debemos buscar datos, muchas veces escasos, en los estudios que ofrecen una visión global de la guerra⁸. La debilidad de la guerrilla en Andalucía y el importante grado de aceptación de las autoridades francesas constituyen un punto relevante en los estudios realizados en torno al bicentena-

LEZ MANSO: «Los principios políticos de Alberto Lista: un análisis conceptual e histórico», *Revista de Estudios Políticos*, 152 (2011), pp. 143- 181.

⁵ Elisabel LARRIBA: «Jean-Baptiste Esmenard, un francés afrancesado», en Armando ALBEROLA y Elisabel LARRIBA (eds.): *Las elites y la revolución de España (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Universidad de Alicante, 2010, pp. 207-226, y Rafael DEZCALLAR DE MAZARREDO: «El Almirante Mazarredo, ilustrado y afrancesado», *Revista internacional de los estudios vascos*, extra 4 (2009), pp. 223-232.

⁶ José GARCÍA PÉREZ: «Ramón Segura, cura de Valdealgorfa y deán del cabildo, exiliado por afrancesado», *Revista Aragonesa de Teología*, 33 (2011), pp. 27-50; José Manuel NAVARRO DOMÍNGUEZ: «José de la Concha y Velarde, un militar afrancesado en Carmona», en *Milicia y sociedad ilustrada en España y América (1750-1800). Actas*, vol. 2, Madrid, Deimos, 2003, pp. 597-610; Isaac RILOVA PÉREZ: «Don Miguel López Calvo, un afrancesado en Sasamón durante la Guerra de la Independencia», en José Manuel LÓPEZ GÓMEZ y Vicente RUIZ DE MENCIA (coords.): *Burgos, tierra invadida: lucha, supervivencia y crisis en la Guerra de la Independencia (1808-1813)*, Burgos, Academia Burgalesense de Historia y Bellas Artes-Institución Fernán González, 2010, pp. 137-163, y Manuel JARAMILLO CERVILLA: «Posturas y actitudes del afrancesado Blas Timoteo de Chiclana, magistral de la catedral de Guadix, en la guerra de la independencia y sus escuelas en el reinado de Fernando VII», *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez*, 22 (2009), pp. 173-194.

⁷ Jean-Marc LAFON: *L'Andalousie et Napoléon. Contre-insurrection, collaboration et résistances dans le midi de l'Espagne (1808-1812)*, París, Nouveau monde éditions-Fondation Napoléon, 2007, y José Miguel DELGADO BARRADO y María Amparo LÓPEZ ARANDIA (coord.): *Andalucía en guerra, 1808-1814*, Jaén, Universidad de Jaén, 2010.

⁸ Remito a la exhaustiva recensión de los estudios locales realizada por Jean-René AYMES: «La commémoration du bicentenaire de la Guerre d'Indépendance (1808-1814) en Espagne et dans d'autres pays», *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 5 (2009) y 7 (2010), <http://ceec.revues.org/index2997.html>.

rio. A nivel local, encontramos estudios consagrados a un individuo o a un grupo social, en particular el clero que, desde los estudios de Gérard Dufour⁹, sigue siendo privilegiado como grupo en el estudio del afrancesamiento. El peso del afrancesamiento en el clero capitular está confirmado y los estudios hacen resaltar en algunas zonas como Andalucía o Madrid la existencia de un clero parroquial josefino¹⁰, lo que confirma la necesidad de introducir serias matizaciones en la imagen de un clero naturalmente patriota¹¹.

Lo nuevo se sitúa también en el desarrollo de la historia de género en el contexto de la Guerra de la Independencia. Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe puso de relieve agentes importantes, como la condesa de Montehermoso, Teresa Montalvo y O'Farrill o María Teresa Fernández de Híjar. La Junta de Honor y Mérito de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País proporciona un ejemplo muy interesante de desgarramiento de un grupo frente a la necesidad de elegir un bando. Esta autora revela el hecho de que las mujeres también han sido objeto de la propaganda del Estado josefino e indica la completa ausencia de trabajos sobre las mujeres de franceses, no sólo las mujeres conocidas del mundo de las elites, sino también las mujeres de las clases populares e incluso religiosas exclaustradas¹².

El estudio del Estado bonapartista no ha sido realmente renovado desde la obra de Mercader Riba, sino a través del conoci-

⁹ Gérard DUFOUR (dir.): *El clero afrancesado*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1986.

¹⁰ Gérard DUFOUR: «Clero afrancesado en Andalucía», en José Miguel DELGADO BARRADO y María Amparo LÓPEZ ARANDIA (coord.): *Andalucía en guerra...*, pp. 79-87, y Maximiliano BARRIO GOZALO: «Los eclesiásticos durante la guerra de la independencia», en Armando ALBEROLA y Elisabel LARRIBA (eds.): *Las elites y la revolución...*, pp. 227-256. Véanse también los títulos de la nota 6.

¹¹ Jean Marc LAFON: «Église et sentiments religieux dans la lutte espagnole contre Napoléon (1808-1814)», en Jean François MURACCIOLE y Frédéric ROUSSEAU (coords.): *Combats. Hommage à Jules Maurin*, París, M. Houdiard Ed., 2010, pp. 407-417.

¹² Elisa MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE: «Mis señoras las traidoras: las afrancesadas, una historia olvidada», *Revista HMiC. Història Moderna i Contemporània*, 8 (2010), pp. 79-108, <http://webs2002.uab.es/hmic/2010/HMIC2010.pdf>; íd.: «Afrancesadas y patriotas: la Junta de Honor y Mérito de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País», en Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO y María Cruz ROMEO (coords.): *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 343-370, e íd.: «La mujeres en el pensamiento político de los afrancesados españoles», *Historia Constitucional*, 11 (2010), pp. 27-152.

miento de las luchas de poder en la Corte¹³, o de manera indirecta con el estudio de instituciones vinculada al Estado¹⁴ y de los medios utilizados en la propaganda en pro de la nueva dinastía¹⁵. En cambio, la Constitución de Bayona ha sido valorada como primer texto constitucional de España, siendo un texto mucho más conocido por los españoles que lo que solía pensar la tradición historiográfica¹⁶.

Ya ha empezado el estudio de la prensa afrancesada, en particular gracias a Alberto Gil Novales y recientemente a la revista digital *El Argonauta Español*¹⁷. El trabajo más completo es el realizado sobre *El Imparcial*, dirigido por Pedro Estala¹⁸.

¹³ Manuel MORENO ALONSO: *José Bonaparte...*, y Xavier ABEBERRY MAGESCAS: «Joseph I et les afrancesados», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 2 (2004), pp. 169-184. También la tesis inédita de este autor, Xavier ABEBERRY MAGESCAS: *Le gouvernement central de l'Espagne sous Joseph Bonaparte (1808- 1813). Effectivité des institutions monarchiques et de la justice royale*, Université Paris XII, 2001.

¹⁴ José Ramón BERTOMEU SÁNCHEZ: «Ciencia y política durante el reinado de José I (1808-1813). El proyecto de Real Museo de Historia Natural», *Hispania*, 233 (2009), pp. 769-792. También la tesis inédita de este autor: *La actividad científica en España bajo el gobierno de José I. Un estudio de las instituciones, autores y publicaciones científicas a través de la documentación del gobierno afrancesado*, Universidad de Valencia, 1995.

¹⁵ Juan LÓPEZ TABAR: «Los medios de captación del régimen josefino: la propaganda afrancesada», en Alberto GIL NOVALES (ed.): *La revolución liberal*, Madrid, Ediciones del Orto, 2001, pp. 27-46.

¹⁶ Ignacio FERNÁNDEZ SARASOLA: *La Constitución de Bayona (1808)*, Madrid, Iustel, 2007; Claude MORANGE: «À propos de l'inexistence de la constitution de Bayonne», *Historia Constitucional*, 10 (2009), pp. 1-40; Jean Baptiste BUSAALL: «Constitution et culture constitutionnelle. La Constitution de Bayonne dans la monarchie espagnole», *Revista internacional de los estudios vascos*, extra 4 (2009), pp. 73-96, e íd.: «Révolution et transfert de droit : la portée de la constitution de Bayonne», *Historia Constitucional*, 9 (2008), pp. 1-23.

¹⁷ Gérard DUFOUR: «La prensa en la España ocupada por los franceses», en Emilio LA PARRA LÓPEZ (ed.): *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante-Casa de Velázquez, 2010, pp. 136-148; Frédéric DAUPHIN: «La Gazette nationale de Saragosse: entre collaboration et afrancesamiento», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 2 (2004), pp. 147-168; Alberto GIL NOVALES: «Un periódico afrancesado: la Gazeta Nacional de Zaragoza», *Trienio*, 45 (2005), pp. 21-67; Rafael FERNÁNDEZ SIRVENT: «Notas sobre la propaganda pro bonapartista: proclamas y *Gaceta de Santander*», *El Argonauta Español*, 3 (2006), y Gérard DUFOUR: «La Gazeta de Valencia de 1812», *El Argonauta Español*, 8 (2011); Alicia LASPRA: «Trahison, Procès et Conservation: la Gazette "Française" d'Oviedo (1810-1811)», *El Argonauta Español*, 8 (2011), y Antonio J. PIQUERES Díez: «El "rey Intruso" y la *Gazeta de Madrid*: la construcción de un mito, 1808-1810», *El Argonauta Español*, 6 (2009).

¹⁸ Gérard DUFOUR: «Une éphémère revue afrancesada: El Imparcial de Pedro

El rápido recorrido de los nuevos caminos puestos en evidencia en torno al bicentenario contrasta con la importancia de las investigaciones que quedan por hacer. Al lado de la necesidad de nuevas biografías sobre personajes de primera fila y de nuevos estudios locales, veo tres terrenos casi vírgenes: la colaboración de las elites del comercio, los empleados de la administración josefina y la represión que, a partir de 1813, afectó a los afrancesados, porque nos falta todavía un trabajo global sobre la depuración de los afrancesados realizado por los liberales en 1812-1813 y por el absolutismo restaurado a partir de 1814. Estas carencias no impiden el desarrollo de reflexiones de fondo sobre el afrancesamiento.

Nombrar a los partidarios de José Bonaparte

Gracias a la historia de los conceptos sabemos que el término «afrancesado», como otros términos, pertenece a «una determinada constelación de ideas y conceptos, y que por lo tanto no llegan a entenderse plenamente si no es desde una percepción panorámica y global»¹⁹. Además, «afrancesado», como otros términos utilizados en ciencias sociales, corresponde a una categoría de prácticas sociales y políticas, es decir una categoría utilizada por los actores, y, al mismo tiempo, una categoría de análisis, construida a distancia de los acontecimientos, pudiendo las dos categorías nutrirse mutuamente con el tiempo²⁰. Los trabajos realizados en torno al bicentenario han confirmado que el término «afrancesado» casi no ha sido una categoría de prácticas sociales y políticas durante la contienda. Haciendo una arqueología de la palabra, Claude Morange ha realizado una de las reflexiones más interesantes sobre el tema²¹. No se utiliza el sustantivo «afrancesado» antes de 1811 y hasta 1814 el uso

Estala (Mars-aouît 1809)», *El Argonauta Español*, 2 (2005), y Pedro ESTALA: *El Imparcial o Gazeta política y literaria (21 de marzo de 1809-4 de agosto de 1809)*, Estudio preliminar y edición de Elisabel LARRIBA, Madrid, CSIC-Doce Calles, 2010.

¹⁹ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 13.

²⁰ Para estas nociones y sobre todo para la diferenciación entre «identificación» y «identidad», véase Rogers BRUBAKER: «Au delà de l'identité», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 3 (2001), pp. 66-85.

²¹ Claude MORANGE: «¿Afrancesados o josefinos?», *Spagna contemporanea*, 27 (2005), pp. 27-54.

sigue siendo minoritario. Los patriotas prefieren emplear perífrasis o términos peyorativos (el «español-francés»²², «el partido francés», los traidores...). Por otra parte, el uso del término «afrancesado» era limitado, porque no era un término popular, sino algo que pertenecía al lenguaje de las capas sociales cultas²³. Además, los absolutistas utilizaban el mismo término para designar a todos los partidarios del cambio, fueran liberales o partidarios de José I²⁴.

Lo más relevante es el hecho de que la palabra «afrancesado» se convierte de adjetivo en sustantivo durante la guerra, con un «plural aglutinante» —«los afrancesados»— y el paso a la sustantivación ocurrió al mismo tiempo en el uso del término «liberal», a saber «a las pocas semanas de empezar las Cortes sus sesiones»²⁵. En este caso, el cambio en el lenguaje refleja una toma de conciencia por parte de los contemporáneos del surgimiento de grupos políticos, signo evidente del papel de la guerra como factor de aceleración del tiempo político, de apertura brutal del espacio político y de descubrimiento de la política moderna²⁶.

La identificación de un grupo afrancesado ha sido forjada, como para todos los grupos humanos, por la mirada, la representación de los otros²⁷. Al salir de la guerra, existe una mirada patriota que rechaza a los que habían colaborado con los franceses, sin matización alguna, asimilándoles a traidores. Es en este contexto que «afrancesados» se convirtió poco a poco, probablemente gracias a su fuerte carga peyorativa, en una categoría de práctica social y política. El proceso es bastante lento. Los textos represivos del Estado no utilizan la palabra en 1813 y 1814, tampoco el muy conocido texto de fray Manuel Martínez, *Los famosos traidores*; aunque, en 1816, Reinoso escribiera que «después de la evacuación [...], ha prevale-

²² Es la expresión empleada por la Junta Superior de Cataluña. Enric RIERA: *Els afrancesats a Catalunya*, Barcelona, Curial, 1994, p. 15.

²³ Claude MORANGE: «¿Afrancesados o josefinos...?», pp. 36-39.

²⁴ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario...*, p. 75.

²⁵ Claude MORANGE: «¿Afrancesados o josefinos...?», p. 41.

²⁶ Jean-Philippe LUIS: «Cuestiones sobre el origen de la modernidad política en España», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 84 (2009), pp. 247-278 y 261-264.

²⁷ He desarrollado la reflexión en Jean-Philippe LUIS: «Los afrancesados: reflexiones en torno a la construcción de una categoría», en Pedro RÚJULA: *Franceses. Los invasores en la guerra de la Independencia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2012 (en prensa).

cido el renombre de *afrancesados*» para deplorarlo, porque es «en su significación el más vago e indeterminado de todos; el más fácil por tanto y acomodado para aplicarse indistintamente, el más útil para servir al odio de nota y señal en una persecución»²⁸. Después, la amnistía limitada de 1817 seguía utilizando la terminología de 1814, y me parece que el término adquiere una posición dominante sólo a partir del Trienio Liberal. En efecto, a partir de 1820, muchos de los que habían colaborado con el régimen josefino aceptan ser identificados bajo el sustantivo «afrancesado». Se apropian de este modo esta identificación forjada desde fuera, intentando quitar el sentido peyorativo de la palabra. Lo localizamos, por ejemplo, en las obras de Andrés Muriel, Sebastián de Miñano o Manuel Silvela²⁹. Por otra parte, la vuelta a la libertad de prensa durante el Trienio facilitó la difusión de los términos, en particular cuando la discusión en torno al proyecto de amnistía de abril de 1820. Esta importante polémica necesitaba palabras comunes para designar el objeto tratado, y una vez apropiado por los antiguos josefinos, se estableció el consenso en el uso del sustantivo «afrancesado» o «los afrancesados»³⁰. Lo constatamos después, durante la Década Ominosa: el término «afrancesado» aparece en la consulta del Consejo de Castilla sobre la oportunidad de una amnistía en favor de los antiguos partidarios de José³¹ y también en la oposición de los ultras contra el retorno de algunos antiguos afrancesados en el aparato estatal (Javier de Burgos, Sáinz de Andino...)³². El problema es que el grupo identificado como «afrancesado» en este momento corres-

²⁸ Félix José REINOSO: *Examen...*, p. 251.

²⁹ Andrés MURIEL: *Los afrancesados o una cuestión de política*, París, Rougeron, 1820, y Sebastián de MIÑANO: *Reflexiones de un español dirigidas a S. M. por mano del general D. Felipe Arco-Agüero sobre la situación actual de los afrancesados*, Madrid, Imp. que fue de Fuentenebro, 1820. En su obra teatral *El reconciliador*, Silvela describe una familia desgarrada por las opiniones divergentes entre los tres hermanos presentados por el autor como partidarios «del gobierno absoluto», «liberal» y «afrancesado». *Obras postumas de D. Manuel Silvela*, t. II, Madrid, Imp. Francisco de Paula Mellado, 1845, pp. 65-143.

³⁰ Juan LÓPEZ TABAR: *Los famosos traidores...*, pp. 183-204.

³¹ Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, libro 988, pp. 61-73, consulta del 31 de enero de 1824.

³² Por ejemplo, Arias Teijeiro escribe el 14 de marzo de 1828: «los afrancesados son los que mandan». «José Arias Teijeiro. Diarios (1828-1831)», en Federico SUÁREZ: *Documentos del reinado de Fernando VII*, t. I, vol. III, Pamplona, Universidad de Navarra, 1967, p. 71.

ponde a otra experiencia política, posterior a la Guerra de la Independencia, una experiencia que no compartieron muchos de los antiguos partidarios de José.

La voz «afrancesado» aparece por primera vez en 1852 en el *Diccionario* de la Real Academia con el sentido de «español que en la guerra llamada de la Independencia siguió el partido francés»³³. El tiempo había pasado, casi todos los actores habían desaparecido, por consiguiente, el término no podía ser utilizado como categoría social y política, y su uso se convirtió en categoría de análisis con Méndez Bejarano, Artola o Juretschke hasta nuestros días, como lo prueba el vocabulario empleado en los trabajos realizados en torno al bicentenario. En la segunda mitad del siglo XIX se ve cómo ambas categorías (social y política, de un lado, y de análisis, de otro) se nutren mutuamente. Es en particular notable en el uso de la palabra por el pensamiento reaccionario, el cual construye la figura del afrancesado como enemigo y negativo del patriota durante la guerra, una figura utilizada después en la construcción de un nacionalismo castizo, de tipo menendezpelayano, nutrido del rechazo de las influencias de fuera, en particular de Francia. Por consiguiente, utilizar «afrancesado» como categoría de análisis es problemático por la carga peyorativa del término, casi hasta nuestros días: se puede recordar, por ejemplo, su empleo en la prensa de derecha cuando Jorge Semprún era ministro de cultura en un gobierno socialista.

El otro problema en el uso de la palabra «afrancesado» se sitúa en su contenido anterior a 1808. Como adjetivo, designaba un fenómeno cultural, lo que es generador de mucha confusión porque sugiere una relación entre los dos empleos del término, lo que constituye en gran parte un error. En efecto, no se puede relacionar sin matizaciones muy grandes la experiencia política modernizadora de los josefinos con el afrancesamiento anterior a 1808. Existía bajo Carlos III y Carlos IV un ambiente cultural en el que la influencia de Francia sobre las ideas, la moda o la ciencia era grande. El éxito de los diccionarios bilingües³⁴ atestigüa el hecho de que «conocía

³³ Citado en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario...*, p. 75.

³⁴ Juan PRO RUIZ: «Innovación del lenguaje y policía de las costumbres: el proyecto de los *afrancesados* en España», en Alfredo ÁVILA y Pedro PÉREZ HERRERO: *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, México DF, Universidad de Alcalá-Universidad Autónoma de México, 2008, pp. 234-235.

el francés toda persona dotada de cierta educación»³⁵. Era una realidad compartida por todas las elites, fueran ilustradas o reaccionarias. Por otra parte, asimilar la galomanía en las artes, la moda o la literatura con un ideario ilustrado es peligroso: «en la cabeza de un petimetre vestido *à la dernière*, bajo el último sombrero traído de París, podían caber sin duda muy rancias ideas»³⁶. Por fin, utilizar «afrancesado» sugiere que la Ilustración corresponde a una importación de ideas francesas. Ahora bien, sin menospreciar la importancia de Francia, muchos estudios de la última década nos han indicado la pluralidad de las influencias en el pensamiento reformador en vísperas de la Guerra de la Independencia³⁷.

Para evitar toda confusión y para indicar que la colaboración con la Monarquía francesa corresponde a una experiencia política única, me parece muy pertinente la propuesta de Claude Morange: «se permite sostener al tribunal de los entendidos la propuesta de llamar las cosas por su nombre, designando a los partidarios de José Bonaparte por el nada ambiguo nombre de “josefinos”»³⁸, un término que existía durante la contienda y que utilizaron también los franceses.

¿Una categoría coherente?

Utilizar una categoría suele indicar que existe cierta homogeneidad en el grupo categorizado. El problema con la categoría «afrancesado» es que no existe esta homogeneidad. Muchos estudios realizados en torno al bicentenario han insistido en el carácter plural y complejo del periodo 1808-1814, que al fin y al cabo no aparece como un todo coherente. La inscripción de lo estudiado en la cronología resulta imprescindible porque la guerra ha sido un periodo marcado por una pluralidad de experiencias, por una aceleración del tiempo histórico y de intensa renovación y mestizaje del lenguaje político. Se puede verificar en el estudio de los josefinos como en el estudio de otros temas.

³⁵ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario...*, p. 74.

³⁶ Claude MORANGE: «¿Afrancesados o josefinos...?», p. 30.

³⁷ En particular José María PORTILLO VALDÉS: *Revolución de Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, CEPC, 2000.

³⁸ Claude MORANGE: «¿Afrancesados o josefinos...?», p. 54.

Si bien es bastante fácil la delimitación del grupo de los exiliados, es mucho más difícil saber quiénes fueron los que colaboraron con los franceses durante la guerra. En primer lugar, la frontera no era tan nítida entre patriotas y josefinos. Difícilmente se puede asimilar los «bayonistas», es decir, los que acudieron como representantes a la asamblea de Bayona, a josefinos precoces³⁹. En efecto, entre los 91 que estaban presentes al final de la asamblea, muchos se convirtieron en patriotas después de Bailén (el duque del Infantado, Cevallos...). Hubo después otras oleadas de ida y vuelta entre patriotismo y participación en el poder josefino. Algunos se hicieron josefinos después de la capitulación de Madrid, como Tomás de Morla, sin embargo, las oleadas más importantes fueron las que siguieron a las victorias francesas en Andalucía en enero de 1810 y en Valencia con la victoria de Suchet en 1812.

Más numerosos han sido los que, sin arriesgarse con una actitud colaboracionista muy activa, colaboraron durante unos meses y se retractaron después. Los estudios sobre los Ayuntamientos josefinos proporcionan muchos ejemplos, y Andalucía aparece como la zona más afectada por el fenómeno⁴⁰. Por ejemplo, el canónigo Nicolás Maestre predicó un sermón «exhortando a los fieles a reconocer en la victoria de José Bonaparte un signo de la voluntad divina». Dos años más tarde, fue detenido en abril de 1812 con otros tres canónigos por su actitud ambigua durante la incursión de Ballesteros en el reino de Sevilla⁴¹. Por consiguiente resulta muy difícil de argumentar en pro de una radical oposición entre los que colaboraron y los que no colaboraron. El caso de Goya resulta emblemático de esta realidad⁴².

Los cambios han sido a menudo rápidos. El caso de Alberto Lista es uno de los más sugerentes: ardiente patriota en sus artículos de *El Espectador*, se convirtió en pocos días en redactor de la *Gaceta de Sevilla*, órgano oficial y de propaganda del poder francés

³⁹ Ricardo GARCÍA CÁRCCEL: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy, 2008, p. 189

⁴⁰ Por ejemplo, Carmen MUÑOZ DE BUSTILLO ROMERO: *Bayona en Andalucía: el estado bonapartista en la prefectura de Xérez*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991, y Francisco Luis DÍAZ TORREJÓN: *Osuna napoleónica, 1810-1812*, Sevilla, Falcota, 2001.

⁴¹ Claude MORANGE: *Paleobiografía...*, pp. 233 y 267, núm. 47.

⁴² Gérard DUFOUR: *Goya durante la Guerra de la Independencia*, Madrid, Cátedra, 2009.

en Sevilla. El cambio de bando existía también en el otro sentido, como en el caso de Martínez Marina, que había permanecido en Madrid de 1809 a 1812 y colaboró en la Junta de Instrucción pública hasta convertirse, en 1812, en ferviente patriota⁴³. Por fin, el poder creciente de los absolutistas en 1813 y 1814, y su voluntad de romper con la experiencia liberal, ofreció una oportunidad a algunos josefinos para hacer olvidar su actuación pasada. Así, el corregidor Felipe Cepeda, amigo de Arjona, Lista o Reinoso y luego corregidor de Osuna en 1811 bajo la ocupación francesa, se convirtió en «un figura emblemática del absolutismo fernandino»⁴⁴.

Sobrepasar el problema de las idas y vueltas podría ser posible limitándose al estudio de los que sufrieron el exilio. Suelen ser los más activos al lado de los franceses porque huyeron para salvar su vida. Es el punto de partida de los estudios más importantes, desde Artola hasta López Tabar. Sin embargo, la realidad aparece mucho más matizada porque hubo personas como Miñano que sufrieron el exilio sin una actuación importante al lado de los franceses⁴⁵, y otras, muy implicadas, que pudieron escapar al exilio y, aún más, a la depuración. El caso valenciano lo demuestra muy bien. Apoyándose en los procesos de depuración conservados en el Archivo del Reino de Valencia y en el Archivo municipal de la ciudad, Joan Brines Blasco habla de una colaboración muy activa de la nobleza y del comercio valenciano⁴⁶. Por su parte, Luis Barbastro Gil, utilizando las listas de los exiliados conservadas en los archivos franceses, insiste en la escasez del número de valencianos exiliados, y, por consiguiente, deduce lo limitado del colaboracionismo en el reino de Valencia⁴⁷. Este caso demuestra que la frontera entre patriotismo y colaboración con los invasores es también una cuestión de fuentes: el resultado es muy diferente entre las fuentes, en general francesas, del exilio, y las fuentes locales. Brines Blasco demuestra muy bien que la mayoría de los afrancesados de Valencia escapó a la depuración gracias a las solidaridades entre las elites locales. Mu-

⁴³ Ricardo GARCÍA CÁRCCEL: *El sueño...*, p. 192.

⁴⁴ Francisco Luis DÍAZ TORREJÓN: *Osuna napoleónica...*, pp. 153-154.

⁴⁵ Claude MORANGE: *Paleobiografía...*

⁴⁶ Joan BRINES BLASCO: «Aproximación al estudio sociológico de los afrancesados en el país valenciano», en *Les Espagnols et Napoléon*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1984, pp. 269-285.

⁴⁷ Luis BARBASTRO GIL: *Los afrancesados, primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Madrid, CSIC, 1993.

chos no fueron sometidos a proceso, y muchos de los que lo fueron obtuvieron una resolución favorable porque las comisiones depurativas estaban compuestas por notables locales que habían colaborado muy a menudo con los franceses. Una situación similar se encuentra en Jaén⁴⁸. La depuración necesitaba, sin embargo, unos chivos expiatorios. Lo fueron, en Valencia, los afrancesados que habían aceptado cargos nacionales o, en el ámbito local de Jaén, colaboradores que ya tenían mala fama antes de 1808.

El problema para delimitar un grupo coherente de afrancesados se sitúa también a la hora de intentar una clasificación del grado de colaboracionismo. La primera clasificación, operada por Artola, (diferencia entre josefinos y juramentados) fue cuestionada muy pronto. Francisco Javier Ramón Solans ha hecho recientemente una crítica muy interesante⁴⁹, destacando los presupuestos del autor, en particular en la utilización de conceptos, como la política, en un sentido moderno (un grupo estructurado en torno a un ideario que compite por el poder), y el patriotismo concebido en un sentido nacional. Estos conceptos no tenían realmente sentido en 1808. La guerra es precisamente el momento en que nace un proceso de construcción de estos conceptos. Por otra parte, Artola introduce elementos morales de análisis como el interés ¿Pero no hubo interés en las filas de los patriotas? Después de Artola, hubo otras tentativas de clasificación, desde Hans Juretschke hasta Claude Morange⁵⁰. Se puede ver que las diferentes clasificaciones introducen una diferencia cuantitativa considerable al fenómeno, porque reivindicada, aceptada o sufrida, la colaboración con los franceses ha sido un fenómeno masivo por vivir en un país ocupado. Esta realidad la descubrieron las autoridades liberales y luego las absolutistas a la hora de delimitar el perímetro de los que debieran ser castigados. Para localizar los colaboradores, establecieron un blanco aparentemente más fácil, a saber, los empleados del Estado. Una intensa polémica se inició, en particular en Sevilla,

⁴⁸ Emilio Luis LARA LÓPEZ: «La represión de los afrancesados: condenas sociales, jurídicas y políticas. El caso de Jaén (1812-1820)», *Hispania Nova*, 3 (2003).

⁴⁹ Francisco Javier RAMÓN SOLANS: «El legado historiográfico de Miguel Artola: afrancesados, josefinos, juramentados y colaboracionistas», *Rolde*, 124-125 (2008), pp. 4-11, e ID.: «En torno a la definición de «afrancesados», en *Liberty, liberté, liberté en el mundo hispánico en la era de las revoluciones*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2010, pp. 86-99.

⁵⁰ Claude MORANGE: *Paleobiografía...*, pp. 277-278.

a partir de los últimos meses de 1812 y luego con la publicación del decreto de las Cortes del 21 de septiembre de 1813 para rechazar los castigos. «¿Quién habrá en España que no haya prestado servicios a los franceses?», preguntaba el autor de un artículo en *El Redactor General* en diciembre de 1813⁵¹. El Decreto del 14 de mayo de 1814 establecía una clasificación clara para los condenados al exilio (los jefes de la administración, del ejército y del clero). Es conocido el papel del Estado como potente «identificador» de las categorías sociales⁵², por consiguiente, es seguro que este decreto contribuyó a la asimilación entre josefinos y exiliados. Sin embargo, la realidad de la colaboración resulta mucho más amplia y compleja, lo que refleja el artículo 2 del Decreto de 1814. Al final, las depuraciones fracasaron, como admitirán más tarde los organizadores de las depuraciones de 1823-1824⁵³. Por consiguiente, si el uso del término «josefino» es preferible al de «afrancesado», no puede designar el fenómeno del colaboracionismo con la Monarquía de José en todas sus dimensiones.

Servir a José Bonaparte: reflexiones en torno a una alternativa

El estudio de casos concretos, biografías, grupos familiares, elites locales, ha revelado que elegir un partido durante la guerra no era sólo una cuestión ideológica, ni tampoco de oportunismo cínico. El afrancesamiento no puede ser limitado tampoco a una revancha de los godoyístas, apartados del poder después del motín de Aranjuez en marzo de 1808, contra los fernandinos. Aunque los primeros eran numerosos, hubo también fernandinos, como O'Farrill. Dos factores nuevos han sido destacados en los trabajos del bicentenario. Primero, el papel de las circunstancias locales, que resultan fundamentales, aunque carezcamos de una cantidad suficiente de estudios. Por supuesto, la colaboración pudo existir sólo en las zonas ocupadas, lo que dificulta toda tentativa de generaliza-

⁵¹ Sobre esta polémica Claude MORANGE: «¿Afrancesados o josefinos...?», pp. 48-49.

⁵² Gérard NOIRIEL: *L'identification. Genèse d'un travail d'État*, París, Belin, 2007.

⁵³ Jean-Philippe LUIS: *L'utopie réactionnaire. Épuration et modernisation de l'Etat dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 38-39.

ción a escala del reino. En las zonas ocupadas el colaboracionismo fue muy importante en Andalucía y la guerrilla muy débil, mientras que observamos lo contrario en Cataluña. En esta zona, el recuerdo de la guerra contra la Convención tuvo probablemente un papel importante⁵⁴. El ejemplo valenciano muestra muy bien que el afrancesamiento era el fruto de una articulación entre particularidades locales y cronología de la guerra: el alto nivel del afrancesamiento en la aristocracia estaba vinculado al rechazo del Decreto de las Cortes de 6 de agosto de 1811 que suprimía el señorío jurisdiccional, decreto que Suchet suprimió⁵⁵. La aceptación del poder francés dependía también de la configuración del grupo de las elites locales de poder. En Sevilla, el grupo que dominaba en 1808, grupo muy marcado por la Ilustración, fue apartado del poder por la insurrección de mayo de 1808. La entrada de las tropas de José Bonaparte en enero de 1810 permitió a muchos individuos de este grupo volver al poder en el Ayuntamiento josefino. Detrás de figuras muy marcadas por su colaboración (Aguado, Lista...), la mayoría de los miembros de este grupo, muy prudentes en su colaboración, no sufrió la salida de los franceses en 1812⁵⁶. La coherencia de este grupo en 1808 estaba muy relacionada con los enlaces familiares y de amistad entre las familias que componían este grupo. Lo que nos conduce al otro factor importante en la elección de un partido: el peso de los grupos de solidaridades tradicionales, en particular la familia, en los cuales estaban inmersos los actores.

En una sociedad holista como la sociedad del Antiguo Régimen, el individuo era dependiente del grupo al que pertenecía. Analizar para 1808 esta sociedad como una sociedad moderna, individualista, en la que las actitudes políticas están relacionadas a menudo con posiciones de tipo ideológicas, es anacrónico. Ya sabemos la importancia de las clientelas de los grupos fernandinos en la sublevación de 1808. Esta realidad aparece también en los estudios de familias de josefinos, por ejemplo la del marqués de Montehermoso o los Aguado-O'Farrill⁵⁷. Sin embargo, encontramos en los josefi-

⁵⁴ Antoni MOLINER PRADA: *Catalunya contra Napoleó. La guerra del francès, 1808-1814*, Lleida, Pagès ed., 2008.

⁵⁵ Joan BRINES BLASCO: «Aproximación...», p. 272.

⁵⁶ Jean-Philippe LUIS: «La Guerra de la Independencia y las elites locales: reflexiones en torno al caso sevillano», *Cuadernos de Historia Moderna, Anejos*, 7 (2008), pp. 199-222.

⁵⁷ Antonio RISCO: «Avatares de la nobleza afrancesada y liberal», en Armando

nos individuos aislados en su familia o en los espacios de sociabilidad que eran los suyos antes de 1808. ¿Cómo explicarlo? Creo que este fenómeno nos ofrece una faceta del drama y del trauma de la Guerra de la Independencia. La crisis fue tan fuerte que rompió el tejido social estructurado fundamentalmente bajo la forma de solidaridades tradicionales propias del Antiguo Régimen. Sin embargo, esta ruptura fue también generadora de un nuevo espacio de libertad. Lo expresaba Carnerero en 1814: «Una vez ausente el rey de sus dominios [...] quedando sus vasallos sin padre, y sin apoyo, dependió necesariamente del modo de ver de cada uno la conducta que eligió para ser útil a su patria»⁵⁸. He sugerido, en otro trabajo⁵⁹, una hipótesis: los actores principales de la guerra —en el bando patriótico y sobre todo en el josefino—, los que, perteneciendo a las elites, arriesgaron su vida y su fortuna fueron por lo general individuos que tenían responsabilidades limitadas en la perpetuación de la familia, como los eclesiásticos, o personas frustradas por el destino que el grupo familiar les había deparado. Muchos segundones de las familias de las elites se encontraban en esta situación. Esta hipótesis aparece en otros estudios históricos o en otros sectores de las ciencias sociales donde se apunta el papel de los «rebeldes de nacimientos»⁶⁰.

Estos nuevos tipos de argumentos no sugieren que los factores ideológicos no existan. Este aspecto también ha sido aclarado en los estudios vinculados al bicentenario. Hace tiempo que sabemos que la asimilación entre Ilustración y colaboración con la nueva dinastía es muy limitada. Entre los josefinos hubo conservadores, y hasta jacobinos como Marchena. Sin embargo, es incontestable que la inmensa mayoría compartía una cultura política común, es decir una misma interpretación de la realidad, un lenguaje y expectativas de futuro comunes. Para Juan Pro, autor de un artículo muy denso sobre este tema, el afrancesamiento cultural anterior a 1808 no conduce al josefismo, pero sí acentúa la frontera entre pueblo y elites situada en el centro de esta cultura política, una

ALBEROLA y ELISABEL LARRIBA (eds.): *Las elites...*, pp. 187-206. En el mismo volumen Jean-Philippe LUIS: «Familia, parentesco y patronazgo durante la Guerra de la Independencia», pp. 153-168.

⁵⁸ Citado en Juan LÓPEZ TABAR: *Los famosos traidores...*, p. 30.

⁵⁹ Jean-Philippe LUIS: «Familia...», pp. 161-165. También en «Los afrancesados...».

⁶⁰ Frank J. SULLOWAY: *Rebeldes de nacimiento*, Madrid, Planeta, 1997.

frontera instrumentalizada por los patriotas⁶¹. Por otra parte, «los afrancesados eran españoles con una concepción propia de España: España como nación política o como Estado, frente a la nación histórica y cultural de los fernandinos»⁶². Muy influenciados por un derecho natural moderno, común a gran parte de los intelectuales occidentales del tiempo⁶³, se caracterizaban por «su marcado cosmopolitismo» que no debe ser reducido a una influencia francesa. Por consiguiente, la cultura afrancesada aparece muy marcada por la centralidad del individuo en la representación del mundo, lo que conduce hacia concepciones individualistas muy alejadas de la visión corporativa y orgánica de los patriotas⁶⁴. De este modo, con métodos y caminos muy diferentes, historia de las culturas políticas e historia político-social influenciada por las teorías de las redes sociales convergen para insistir en el papel del individualismo en la actuación de quienes estuvieron al lado de la Monarquía josefina.

¿Un proyecto político afrancesado?

El estudio de las culturas políticas no significa que existiera un proyecto político afrancesado coherente durante y después de la guerra. Al iniciarse el reinado de José, muchos tenían confianza en el nuevo soberano por su excelente reputación como rey de Nápoles y Sicilia. Podía aparecer como el que sabría poner en marcha las reformas necesarias al país. La propaganda de José Bonaparte utilizaba la imagen de un «rey filósofo» para atraer a las élites. La Constitución de Bayona y, sobre todo, las reformas del año 1809 constituyen un conjunto reformador coherente de claro tinte ilus-

⁶¹ Juan PRO RUIZ: «Afrancesados: sobre la nacionalidad de las culturas políticas», en Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 205-231, esp. pp. 230-231, y Jean-René AYMES: «La mise en cause des elites et, en particulier, des “philosophes” et des “savants” pendant la guerre d’Indépendance», en Armando ALBEROLA y Elisabel LARRIBA (eds.): *Las elites...*, pp. 107-125.

⁶² Juan PRO RUIZ: «Afrancesados...», p. 217.

⁶³ Jean-Baptiste BUSAALL: «La fidélité des *famosos traidores*. Les fondements junaturalistes du patriotisme des *afrancesados* (1808-1814)», *Fidelitas, Mélanges de l’École Française de Rome*, 118 (2006), pp. 303-313.

⁶⁴ Juan PRO RUIZ, J.: «Afrancesados...», pp. 229-230.

trado, pero en ningún modo revolucionario: «cambiarlo todo menos lo esencial», a saber, sin romper con el absolutismo y la sociedad estamental⁶⁵.

Sin embargo, las posiciones evolucionaron en el transcurso de la guerra porque la cultura política de los que habían aceptado la colaboración seguía nutriéndose de las experiencias y de la confrontación con otras culturas políticas. Al final de 1809, Alberto Lista redactó, en *El espectador sevillano*, una crítica dura contra los presupuestos doctrinales que prevalecían en la reunión de las Cortes. Rechazaba el historicismo constitucional y la reinterpretación liberal de la tradición pactista intentada por los liberales. Rechazaba la identificación entre pueblo, como unidad cultural, y nación, prefiriendo el concepto de Sieyès, inscribiéndose de este modo «en la línea del pensamiento liberal occidental, individualista, fundado en un iusnaturalismo secularizado»⁶⁶. Durante el otoño de 1809, Lista era aún patriota, y su análisis del proceso constitucional en marcha es probablemente una clave del cambio de bando que experimentó a partir de la ocupación de Andalucía por las tropas francesas. La crítica la encontramos también bajo la pluma de otro tráfuga, Juan Sempere y Guarinos, quien denunciaba en 1810 el proyecto de «restablecimiento de una quimérica representación nacional y de las antiguas leyes fundamentales», pidiendo una legislación «más racional» y «una representación nacional, no sólo de las clases primitivas, [...] sino también de sabios literatos e ilustrados comerciantes»⁶⁷. Sin embargo, estos josefinos ya no eran postilustrados y, en textos posteriores, en 1813 reivindicaban el advenimiento de una Monarquía liberal conservadora, inspirada en la que existía en Inglaterra y que hubiera sido posible, según ellos, con el constitucionalismo del Consulado francés o con

⁶⁵ Gérard DUFOUR: «Los afrancesados o una cuestión política: los límites del despotismo ilustrado», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 6 (2007), pp. 269-277, esp. p. 276, e ID.: «Le roi philosophe», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 38-1 (2008), pp. 53-70.

⁶⁶ Jean-Baptiste BUSAALL: «Alberto Lista y el debate constitucional sobre Cortes (Sevilla, 1809)», en Armando ALBEROLA y Elisabel LARRIBA (eds.): *Las élites...*, pp. 169-186.

⁶⁷ Citado en Juan LÓPEZ TABAR: «La mirada crítica. Los afrancesados ante la revolución española», en Fernando DURÁN LÓPEZ y Diego CARO CANCELADA: *Experiencia y memoria de la revolución española (1808-1814)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2011, pp. 99-116, esp. p. 102.

la Constitución de Bayona⁶⁸. Por consiguiente, la guerra permitió en el seno de los josefinos una evolución doctrinal del absolutismo ilustrado al liberalismo conservador, lo que permite situar el afrancesamiento como una fuente del liberalismo moderado dominante a partir de la victoria definitiva del liberalismo, es decir, al final de los años treinta del siglo.

Creo, sin embargo, que esta filiación necesitaría matizaciones. Primero porque, como ya lo he subrayado, el proyecto político cambió de naturaleza durante la guerra. Segundo, los antiguos josefinos se nutrieron después de la guerra de sus experiencias, en particular la del exilio, que les permitió la integración de elementos nuevos del liberalismo europeo, en particular el doctrinarismo francés, pero también el utilitarismo. Experiencia también del *Trienio Liberal*, que fue para ellos una decepción que contribuyó a alejarles aún más del constitucionalismo gaditano. Esta experiencia y la fuerza aún grande de la cultura del despotismo ilustrado en la Administración facilitó el camino común hecho por algunos antiguos josefinos con el absolutismo reformador de la Década Ominosa, antes de participar al final de los años treinta en el nacimiento del conglomerado liberal conservador llamado partido moderado. Por consiguiente, seguir hablando de «afrancesados» para designar al grupo de los actores de este camino (Javier de Burgos, Miñano...) introduce mucha confusión, porque hace pensar en la existencia de un movimiento coherente nacido durante la guerra y vigente durante las décadas siguientes. Por otra parte hay también una cuestión generacional: los actores activos hasta los años treinta eran muy jóvenes en 1808. Los afrancesados de primera fila, los ministros como O'Farrill y Azanza, o los poetas como Moratín, se callaron después de 1814, o nunca desempeñaron de nuevo un papel político, y tampoco un papel en la prensa o en la opinión, si exceptuamos el marqués de Almenara. Al fin y al cabo, me parece más correcto afirmar que lo que se suele llamar el grupo de los afrancesados hasta los años treinta corresponde sólo al camino de algunos antiguos jóvenes josefinos, adversarios del constitucionalismo de Cádiz, que se constituyeron a partir del Trienio Liberal en un grupo de opinión y de poder, nutriéndose de otras experiencias y

⁶⁸ Jean-Baptiste BUSAALL: «Le règne de Joseph Bonaparte: une expérience décisive dans la transition de la *Ilustración* au libéralisme modéré», *Historia Constitucional*, 7 (2006), pp. 124-157, esp. pp. 153-156.

probablemente de otros personajes que no tenían su experiencia de la guerra, para contribuir al final de los años treinta al nacimiento del partido moderado.

Conclusión

La actuación de los afrancesados tras la derrota francesa confirma la débil coherencia de un grupo que sólo poco a poco había tenido consciencia de su existencia como tal durante la guerra «a medida que fueron aislados, señalados y acusados por otros sectores de la sociedad»⁶⁹. Este grupo no tiene una identidad, sino una experiencia compartida y una identificación como «afrancesados» utilizada por los actores, en gran parte después de la guerra. Pasando al nivel del análisis, creo en cambio que la identificación como «josefinos» propuesta por Claude Morange y por consiguiente «antiguos josefinos» para las experiencias posteriores, resulta muy pertinente, a pesar de no poder designar todas las formas de colaboracionismo. A partir de la derrota francesa de 1813, no existió un grupo coherente de josefinos en el exilio, sino individuos aislados y redes de amistades⁷⁰, operativos ante todo cuando, a partir del Trienio Liberal, las circunstancias políticas mejoraron para ellos. La ilusión de la existencia de un grupo coherente es en gran parte el fruto de la mirada de sus adversarios hasta el final de la actuación política de los que habían sido josefinos. La historia de estos individuos y de las redes que constituyeron queda aún en gran parte por hacer, como lo son los otros terrenos casi vírgenes ya señalados. Por eso, el estudio de la colaboración de la sociedad española con la Monarquía de José I constituye todavía un campo abierto.

⁶⁹ Juan PRO RUIZ: «Afrancesados...», p. 231.

⁷⁰ Lo he verificado en mi estudio sobre Alejandro Aguado. Lo afirma también Jean-René AYMES: *Españoles en París en la época romántica (1808-1848)*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 294.